

Hay dos especies de buena compañía: una compuesta de aquellas personas que dan el tono en las reuniones de la vida brillante, y otra que comprende á las que se distinguen por algún mérito particular, ó que sobresalen en algún arte ó ciencia útil. Por mi parte acostumbro considerarme en compañía tan superior á mí, cuando me hallo con M. Addisson ó con M. Pope, como si concurriese con los primeros príncipes del mundo. Lo que yo señalo como mala compañía, y que en todo tiempo puedes evitar, es la de aquellos que siendo absolutamente insignificantes y despreciables en sí mismos, se consideran honrados á tu lado, y que halagan cualquiera vicio ó defecto que descubren en ti para atraerte á conversar con ellos. La vanidad de ser el primero en una reunión es muy común, pero es muy necia y muy perniciosa. Nada en el mundo deprime tanto el carácter de una persona, como esta errada pretensión.

Me preguntarás, quizá, ¿ si un hombre puede siempre introducirse en la buena compañía, y de qué medios se valdrá para conseguirlo? Respondo que sí puede, con tal que merezca el favor, y que se halle al mismo tiempo en circunstancias que le permitan presentarse bajo el pie de un caballero. El mérito y la urbanidad le allanarán por todas partes el camino; el saber le introducirá, y la buena educación le hará apreciable en las mejores sociedades, porque, como te he dicho muchas veces, la buena crianza y la urbanidad, son absolutamente necesarias para adornar todas las otras buenas cualidades ó talentos. Sin ellas, no hay perfección ni conocimientos de ninguna clase, que puedan ser apreciados en todo su valor. El erudito sin comedimiento es un pedante; el filósofo un cínico; el soldado un bruto, y cualquiera otro hombre desagradable.

Deseo con impaciencia que los varios corresponsales que tengo en Lipsia me comuniquen tu llegada, para saber qué impresión has hecho sobre ellos á primera vista; porque tengo muchos Argos con centenares de ojos, que te vigilan muy de cerca, para darme cuenta exacta de tus menores movimientos. Los avisos que de ellos espero, han de ser indispensablemente verídicos, y así procura que te sean favorables. Á Dios.

LONDRES, 16 de Octubre de 1747.

MI QUERIDO HIJO.

El arte de agradar es muy útil en la vida, pero no se adquiere fácilmente; apenas puede ser reducido á reglas, y tu propio buen sentido y observación te enseñarán más de lo que yo puedo decirte sobre el particular. El medio más seguro de agradar que yo conozco, es tratar á los otros como querriamos que ellos nos tratasen. Observa pues atentamente lo que te agrada en los demás, y es probable que les agradarás imitándolos. Si eres sensible á la deferencia y atención que los otros muestran por tus caprichos, tus gustos y tus debilidades, cuenta por seguro, que la misma deferencia y la misma atención de tu parte les será igualmente grata. Adopta el tono de la compañía en que te hallares, y nunca pretendas darlo; manifiéstate serio, alegre y aun frívolo, según el gusto y humor de la concurrencia: atención debida por cada individuo á la mayoría. No cuentes historias en sociedad, porque nada es más fastidioso y desagradable; pero si casualmente te ocurre alguna muy corta y que venga bien al objeto de la conversación, relátala de la manera más sucinta (a), y aun da á entender que no te gusta contar historias, pero que la cortedad de la que refieres te ha tentado. Ante todo, evita hablar de ti mismo en la conversación, y nunca ocupes á nadie con tus asuntos personales, ó tus negocios privados, que, aunque interesantes para ti, son fastidiosos é importunos para cualquiera otro, (b); además, en los negocios privados

(a) Siempre la brevedad es una cosa
Con gran razón de todos alabada,
Y vemos que una plática es gustosa
Cuanto más breve y menos afectada:
Y aunque sea la prolija provechosa,
Nos importuna, cansa y nos enfada;
Que el manjar más sabroso y sazonado,
Os deja, cuando es mucho, empalagado.
(ERCILLA.)

(b) En las conversaciones
No te alegres contando tus acciones,
Pues aunque siempre tienen gusto todos
De referir sus hechos de mil modos,
De escuchar los ajenos
No gustan ni los malos ni los buenos.
(Epílecto trad. de Quevedo.)

no basta secreto de ningún tamaño. Sea cual fuere la opinión que tengas de tus talentos, no los ostentes con afectación (*a*), no procures, como hacen muchos, que la conversación recaiga sobre materia que pueda presentarte ocasión de lucirlos. Si son reales, aparecerán infaliblemente, y de una manera más ventajosa que señalándolos tú mismo. Nunca sostengas una opinión con calor y vociferaciones (*b*), aun cuando conozcas que tienes razón (*c*): manifiesta tu parecer con modestia y sangre fría, medio único de convencer; y si éste no bastase, trata de cambiar la conversación diciendo con buen humor: « Dificilmente nos convenceremos uno á otro, y no siendo necesario que estemos de acuerdo, más vale hablar de otra cosa (*d*). »

(*a*) No te precies de ser loado
De discreto;
No se sienta en ti conceto
De avisado.
Aborrece el necio errado
Al que bien sabe,
Por que en su saber no cabe
Ni en su grado.

(CASTILLA.) Tr.

(*b*) Ne disputez jamais avec trop de chaleur;
Mais jugeant de sang froid et du pour et du contre,
Si vous vous trompez par malheur;
Loin de soutenir votre erreur,
Laissez-vous vaincre en ce rencontre;
Et, par un beau retour, plein de sincérité,
Revenez á la vérité
Qui que ce soit qui vous le montre.

(PAVILLON.)

(*c*) No contiendas alterado
Ni porfies,
Aunque de razón te lies
Bien juzgado;
Deja por no averiguado
Tu conceto:
Callando vence el discreto
Al porfiado.

(CASTILLA.)

(*d*) Dopo molti acutissimi argomenti,
E molte riflessioni pellegrini,
E belle cose dette da talenti
Si grandi, le quistione ebbe quel fine
Che soglion toute la quistione avere
Cioè, restò ciascun del suo parere.

No olvides que hay ciertas peculiaridades locales que deben observarse en cada compañía; y que lo que conviene perfectamente en una, es por lo común muy impropio en otra. Las chanzas, las agudezas, los cuentecitos que pasan muy bien en tal sociedad, parecerán insípidos y fastidiosos en otra. Los caracteres particulares, las costumbres, y el lenguaje de una compañía, pueden dar á una palabra ó á un gesto, cierto valor que de ninguna manera tendría sin estas circunstancias. Muchos son los que yerran en este punto: encantados de alguna cosa que les hizo impresión y les gustó en una compañía y en ciertas circunstancias, lo repiten con énfasis en otra, en donde esta misma cosa es insulsa ó acaso ofensiva por su inoportunidad. Sucede aún, que tales personas comienzan con este necio preámbulo: « Voy á decir una cosa excelente, ó voy á contar la anécdota más graciosa del mundo. » Estas palabras aumentan la atención, que al fin se ve chasqueada, y el relator de tan excelente cosa, recibe un justo castigo, mirando á sus oyentes con ojos y aire de mentecato.

Si de preferencia quisieres conciliarte el afecto y amistad de algunas personas, sean hombres ó mujeres, esfuérzate por descubrir su perfección sobresaliente, en caso que tengan alguna, y su debilidad dominante, que á nadie falta; y haz justicia á la una, y más que justicia á la otra. Los hombres pueden distinguirse en varios objetos ó á lo menos quieren que se les juzgue como sobresalientes en ellos; y aunque les agrada ver que se hace justicia á sus perfecciones, con todo, les lisonjea mucho más que las alabanzas recaigan sobre las cosas en que desean distinguirse, y en que, sin embargo, no están muy seguros de si sobresalen ó no. Por ejemplo: el cardenal Richelieu, que fué sin disputa el político más hábil de su tiempo, y quizá sin igual hasta hoy, tuvo la frívola vanidad de querer pasar también por el mejor poeta; y envidioso de la reputación del gran Corneille, mandó escribir una crítica del Cid (*a*). En consecuencia, los aduladores diestros

Entre los contrincantes quizá no se encuentra uno que termine diciendo:

Mia gloria non ripongo in ostinarne
Nel mio pensier. La debolezza è questa
Delle piccole menti; ed io mi credo
Grande abbastanza per lasciarti tutto
L'onor d'avermi persuaso e vinto.

(GALATEO.) Tr.

(*a*) Tragedia de Corneille.

le hablaban poco de su talento como hombre de estado, ó sólo lo hacían de paso cuando la ocasión se presentaba naturalmente; mas el incienso que le prodigaban, el humo que conocían que le haría volver el juicio en su favor, era el de *poeta y bello ingenio* (a). ¿Y por qué? porque su Eminencia estaba seguro de su talento en política, y recelaba de la otra superioridad. Fácilmente descubrirás la vanidad dominante de cada hombre, observando el tema favorito de su conversación, porque cada uno habla de preferencia de las materias en que más apetece sobresalir. Tócale esta cuerda y le tocarás en lo vivo. Roberto Walpole, hombre ciertamente de mucho talento, prestó poco flanco á la lisonja en este punto, porque indudablemente era tiro que no le alcanzaba; pero tuvo la flaqueza dominante de desear que se le tuviese por hombre de una disposición propicia y afortunada para la galantería; y ciertamente que en esto brilló menos que ninguna otra persona en el mundo; pero como su conversación ordinaria y favorita versaba sobre esta materia, dió á conocer su flaco á todos los que tenían alguna penetración, y por aquí lo atacaron con suceso.

Las mujeres, en lo general, no tienen más objeto que su hermosura; y en tal capítulo es raro que la lisonja más grosera no sorprenda su credulidad. Por fea que la naturaleza haya formado á una mujer, jamás dejará de ser sensible á los elogios de sus perfecciones. Suponiendo que su semblante sea tan horrible que ella misma no pueda menos de conocerlo, confía en que su cuerpo y su garbo compensan ampliamente lo deforme de su cara; si su cuerpo es desproporcionado, piensa hallar suficiente contrapeso en los encantos de su figura; y si rostro y cuerpo son malos, se consuela con que tiene gracias, cierta manera, cierto *no sé qué*, aun más seductor que la hermosura (b). Esta es una verdad que resalta del

(a) Véase una de las notas de la carta de 19 de Diciembre de 1749.

(b) La pâle est aux jasmins en blancheur comparable;
 La noire à faire peur, une brune adorable;
 La maigre a de la taille et de la liberté;
 La grasse est, dans son port, pleine de majesté;
 La malpropre sur soi, de peu d'attraits chargée,
 Est mise sous le nom de beauté négligée;
 La géante paraît une déesse aux yeux;
 La naine un abrégé des merveilles des cieux;
 L'orgueilleuse a le cœur digne d'une couronne;
 La fourbe a de l'esprit; la sottise est toute bonne;
 La trop grande parleuse est d'agréable humeur;
 Et la muette garde une honnête pudeur. (MOLIÈRE.)

vestido estudiado y cuidadoso de las mujeres más feas del mundo. Una hermosura reconocida é indisputable, es entre todas las mujeres la menos sensible á lisonjas sobre este punto. Sabe que le corresponde el título de hermosa, y por consiguiente no se cree obligada á nadie por que le concede lo que es suyo. Debe, pues, ser adulada como discreta y entendida; porque aunque es probable que ella misma se crea dotada de talento, puede sospechar que los hombres no lo creen así.

Procura dar á mis palabras su verdadero sentido y no vayas á imaginarte que te recomiendo una lisonja criminal y abyecta: no; lejos de adular los crímenes y los vicios, debes por el contrario aborrecerlos y combatirlos; pero sábetelo que no es vida la de este mundo, si no nos manifestamos complacientes con las flaquezas del prójimo. La vanidad, aunque ridícula, puede ser inocente y excusable. Si un hombre pretende ser más sabio, y una mujer más hermosa de lo que realmente es el caso, su error es grato á ellos mismos, y no causa perjuicio á nadie; y más bien querría yo captarme su amistad por condescender con sus pretensiones, que atraerme su odio tratando de desengañarlos, y esto inútilmente (a).

(a) Una alma noble y generosa, dice Gioia, no cree envilecerse mostrándose indulgente con las debilidades humanas cuando de ello no resulta ningún daño. Les concede más de lo que tienen derecho de exigir, sabiendo que en el comercio de la vida, el que se obstinase en querer colocar á los hombres en el lugar que merecen, entraría en lucha con todos. Sólo las almas pequeñas ó envidiosas consideran como hurto que se les hace, aquello que conceden á los otros, y tienen continuamente la balanza en la mano para pesar lo que deben conceder ó negar. Los lacedemonios, que no pecaban de exceso de bajeza, nos han dejado un bello ejemplo de la indulgencia con que se deben ver las pretensiones exageradas. Alejandro pretendía ser hijo de Júpiter, y por consiguiente dios, y quiso que por tal lo tuviesen los estados de la Grecia. Los lacedemonios formularon entonces el siguiente decreto verdaderamente lacónico: « *Pues que Alejandro quiere ser dios que lo sea.* »

Por el contrario Filoseno, rey tirano y dado á la poesía, quiso que el poeta Dionisio alabase sus composiciones, y para ello le pidió que corrigiese algunas piezas suyas. El poeta habiendo corregido casi todos los versos, los presentó al rey; el cual sorprendido gritó: ¡Guardias! llevad á este hombre á la cárcel, para que aprenda á respetar las poesías regias. Al día siguiente el tirano mandó sacarlo de la prisión, le dió un lugar en su mesa, y concluida la comida, le leyó los versos que había compuesto aquella mañana, y le pidió su parecer. El poeta sin responder una palabra al rey, gritó: ¡Guardias! Llevadme de nuevo á la cárcel. Un hombre de mundo, un hombre generoso, habría salido del paso con la mayor facilidad. En efecto, el manejo de este poeta habría sido admi-

Hay así mismo otras atenciones menores de lo más halagüeñas, que afectan sensiblemente aquel grado de orgullo y de amor propio, inseparables de la naturaleza humana, puesto que son pruebas incuestionables del miramiento y consideración que tenemos por las personas á quienes las pagamos : v. g. observar los hábitos, las preferencias, los gustos, las antipatías de las personas cuya buena voluntad desearas ganar, y cuidar entonces de procurarles los unos, y evitarles los otros, dándoles á entender cortésmente que has observado que les gusta tal manjar, ó tal habitación, y que por lo mismo has mandado prepararlo ; ó por el contrario, que habiendo notado su aversión á tal persona ó tal plato etc. has tenido cuidado de no presentárselos. Atenciones tan frívolas como éstas, lisonjean más el amor propio, que otras cosas de mayor importancia, pues hacen creer á las gentes que tu pensamiento casi no se ocupa más que de ellas, y que son el único objeto de tu cuidado.

Aquí tienes parte de los *arcanos* necesarios para tu iniciación en el gran mundo ; ojalá que yo los hubiese conocido mejor á tu edad ; he pagado por ellos la suma de cincuenta y tres años, y no me pesará si tú retiras provecho. Á Dios.

LONDRES, 30 de Octubre de 1747.

MI QUERIDO HIJO.

Estoy muy contento con el *itinerario* que me has enviado de Ratisbona, porque prueba que observas é indagas al paso que caminas, llenando así el verdadero objeto de los viajes. Los viajeros negligentes que se contentan con observar la distancia de lugar á lugar, y que sólo atienden á sus comodidades en la posada para pasar la noche, parten necios de su país, y vuelven lo mismo. Los que sólo cuidan de ver las curiosidades de los lugares por donde pasan, las torres, los relojes, las casas consistoriales etc. retiran tan poco provecho de sus viajes, que más valdría que permaneciesen en sus casas ; pero aquellos que observan é investigan la situación, la fuerza, la debilidad, el tráfico, las manufac-

rable si se hubiese tratado de alguna mala ley ó de otra operación dañosa al público ; pero elegir la cárcel porque un tirano quiso ser poeta, fué locura. Tr.

turas, el gobierno y la constitución de cada lugar ; que frecuentan las mejores compañías y atienden á su diversos caracteres y costumbres, son los únicos que viajan con provecho, y como ya sabían antes de partir, regresan sabiendo más.

Yo te aconsejaría que siempre tratases de procurarte una descripción ó historia muy compendiada del lugar en que debes hacer alguna demora ; un libro como éste, por imperfecto que sea, siempre te dará alguna luz para informes más amplios, que nadie podrá comunicarte con más exactitud que las personas mismas del lugar. Por ejemplo : al llegar á Lipsia procúrate una corta relación, entre las varias que ciertamente hallarás, del presente estado de la ciudad, por lo que toca á sus magistrados, á su policía, á sus privilegios etc. ; é infórmate luego minuciosamente de todos estos objetos, conversando con las personas más instruidas. Practica después lo mismo respecto al electorado de Sajonia, sobre el cual hallarás una corta historia en la introducción de Puffendorf, que te dará una idea general, y te señalará los objetos que reclaman una investigación más minuciosa. En una palabra, cuida de ser curioso, atento é inquisitivo en todas materias ; porque la omisión y la indolencia son siempre culpables, pero en tu edad no merecen perdón. Considera cuán preciosos é importantes son, para todo el resto de tu vida, los tres ó cuatro años próximos, y no pierdas un solo momento de ellos. No pienses que mi intención sea que pases estudiando el día entero, cosa que estoy muy lejos de aconsejarte ; pero sí deseo que siempre te halles ocupado en esto ó aquello ; y que no desperdicies medias horas ni cuartos de hora, que al fin del año componen una suma inmensa. Por ejemplo : durante el día hay muchos cortos intervalos, entre los estudios y las recreaciones ; y en vez de pasarlos ocioso, bostezando en una silla, toma cualquiera libro, aunque sea frívolo ó de bufonadas, y te será más provechoso que el no hacer nada (a). También estoy muy distante de considerar los placeres como tiempo perdido, con tal que

(a) El canciller d'Aguesseau notando que su mujer le hacia esperar un cuarto de hora desde que se anunciaba la comida hasta que ella bajaba á comer, resolvió aprovechar este tiempo, y libertarse de la mortificación que causa la espera. Empezó pues escribir una obra de jurisprudencia, que dejaba de la mano hasta el día siguiente que la Señora se presentaba en la mesa. Tuvo constancia, y el fruto fué una obra en cuatro tomos digna de su autor. Tenemos más tiempo del que creemos ; fáltanos saberlo aprovechar. (Rasgos históricos.)

sean los placeres de un ser racional; al contrario, juzgo bien empleado el tiempo que pasares en diversiones tales como espectáculos públicos, asambleas de buena compañía, cenas festivas, y aun bailes; pero aun todo esto requiere atención, porque de lo contrario es tiempo enteramente perdido.

Muchas gentes se creen ocupadas todo el día; mas si ajustasen sus cuentas por la noche hallarían que en realidad no han hecho nada; porque si han leído dos ó tres horas, ha sido maquinalmente y sin atención, de modo que no retienen lo que leen, y por consiguiente no pueden reflexionar sobre ello. De allí van á la sociedad, no á tomar parte en la conversación, ni á atender á los asuntos que la promueven, ni tampoco á observar los caracteres de las personas, sino á ocupar su pensamiento en bagatelas (a), ó más bien á no pensar en nada absolutamente; y esta tonta insensibilidad la decoran ellos con el nombre de *ausencia* ó *distracción de espíritu*. En seguida van, si acaso, al teatro, á abrir la boca y contar las luces, pero sin atender en lo más mínimo al objeto que allí los condujo — la comedia.

Te pido pues, que atiendas á tus placeres, tanto como á tus estudios; mientras te empleas en éstos, reflexiona sobre lo que lees; y en los otros vigila y atiende á todo cuanto veas ú oigas, para no hallarte precisado á responder lo que infinitos necios, cuando se trata de cosas dichas ó hechas en su presencia, que en verdad no se acuerdan de ellas porque pensaban en otra cosa. Si pensaban en otra cosa, ¿para qué fueron allí? la verdad es que estos tontos no pensaban en nada (b). No olvides el *hoc age*: atiende á lo que haces sea lo que fuere, porque una vez que se hace, merece que se haga bien, ó de lo contrario no hacerlo de

- (a) No pierdas el tiempo nunca
En fútiles cosas vanas;
Sabia cosa es gastar bien
El tiempo, y aun las palabras.

(Máximas de la Sabiduría.)

- (b) Hablando de cierta historia
Á un necio se preguntó:
¿Te acuerdas tú? y respondió:
Esperen que haga memoria.
Mi Inés viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento:
Haz también entendimiento
Que te costará lo mismo.

(IGLESIAS.) Tr.

ninguna manera. Por donde quiera que vayas lleva contigo, como suele decir el vulgo, tus ojos y tus orejas. Escucha todo lo que se dice, y mira todo lo que se hace. Observa las miradas y el semblante de los que hablan, que por lo regular es medio más seguro para descubrir la verdad, que el de atenerse á lo que ellos digan; pero guarda todas estas observaciones para tu uso privado, y no las comuniqués á otros sino muy rara vez. Observa, pero sin que se te tome por observador, porque de lo contrario, cada uno estará sobre sí en tu presencia.

Te ruego, mi querido hijo, que consideres seriamente y sigas con cuidado los avisos que de tiempo en tiempo te he dado, y otros que continuaré dándote; son á la vez, el resultado de mi larga experiencia, y el efecto de mi ternura por ti. Al dártelos no puede animarme más interés que el tuyo. Tú no te hallas aún en estado de desear para ti, la mitad del bien que yo te deseo; sigue pues, á ojo cerrado, á lo menos por algún tiempo, unos consejos que no pueden ser sospechosos, aunque puede ser muy bien que no descubras aún sus ventajas, pero está seguro de que algún día las palparás. Á Dios (a).

LONDRES, 6 de Noviembre de 1747.

MI QUERIDO HIJO.

Tres correos de Holanda se hallan en retardo, de modo que no puedo acusar recibo de ninguna carta tuya; sin embargo, te escribo hoy como de costumbre para despertar tu atención sobre ti mismo. El doctor Swift, en su descripción de la isla de Laputa, menciona ciertos filósofos, tan absortos en profundas meditaciones, que habrían olvidado las necesidades más comunes de la vida, si no les hubiesen sido recordadas por personas que les aplicaban palmadas, luego que notaban que estos éxtasis científicos duraban mucho tiempo. Apegándome á la verdad debo decir, que no sospecho que te halles absorto en profundas meditaciones; pero,

- (a) Los buenos hijos á un padre
Profundamente respetan;
No examinan sus preceptos
Y le obedecen á ciegas.

(BRETÓN DE LOS HERREROS.) Tr.

con tu venia, ¿no podría yo creer que la ligereza, la desatención y el poco ejercicio del pensamiento, merecen, de la misma manera que la meditación profunda, que se les despierte por medio de una palmada? Si por casualidad llegasen mis cartas á tus manos, cuando te hallases reclinado cerca del fuego sin hacer nada, ó embelesado en la ventana, ¿no serían entonces unas palmadas muy oportunas, para recordarte que podías emplear mejor el tiempo? En mi juventud conocí cierto hombre muy avariento que acostumbraba decir, « tened cuidado de los peniques, porque las guineas se cuidarán ellas mismas. » Esta reflexión era muy justa y sensata en un avariento. Yo te recomendaré que tengas cuidado de los minutos, porque las horas se cuidarán ellas mismas. Estoy muy convencido de que muchas personas pierden dos y tres horas al día, por no tener cuidado de los minutos. Por corto que fuere un intervalo de tiempo, no lo veas nunca como limitado para hacer alguna cosa, pues siempre hay medio de emplearlo ventajosamente (a).

Mientras permaneces en Alemania, procura que todos tus estudios históricos sean relativos á la misma Alemania; comprendiendo en ellos, no sólo la historia general del imperio, como cuerpo colectivo, sino la particular á los principados, electorados y ciudades. Sobre todo, no olvides la genealogía de las principales familias, porque en Alemania, una genealogía no es cosa de bagatela. Los alemanes probarán sus treinta y dos blasones, antes que las treinta y dos virtudes cardinales, si éstas fuesen tantas. No son del parecer de Ulises que dice con razón:

— *Genus et proavos, et quæ non fecimus ipsi;*
Vix ea nostra voco.

Buenas noches.

(a) Apprends, *ami lecteur*, que notre âge s'écoule
Comme un torrent pressé qui s'enfuit et qui roule;
Qu'un jour dévore l'autre et que l'autre est détruit,
Sans interruption, par celui qui le suit;
Que le temps que l'on perd jamais ne se répare,
Qu'avec juste sujet on en doit être avare.

(MÉRY.) Tr.

LONDRES, 24 de Noviembre de 1747.

MI QUERIDO HIJO.

Cada vez que te escribo, y sabes que no lo escaseo, me ocurren dudas, de si trabajaré con utilidad ó si será tiempo y papel perdidos. Esto depende enteramente del grado de examen y de reflexión de que seas dueño, y que juzgues á propósito emplear. Si te das tiempo para pensar, y tienes bastante juicio para discernir con exactitud, deben ocurrirte necesariamente dos reflexiones; primera, que yo tengo mucha experiencia, y que tú no tienes ninguna; segunda, que soy el único hombre en el mundo que ni directa ni indirectamente puede tener en lo que te toca más interés que el tuyo; de estos dos principios incontables, resulta una conclusión forzosa y evidente, y es, que por tu propia conveniencia debes escuchar y seguir mis consejos.

Si adquieres grandes conocimientos por medio de la aplicación que te recomiendo, tú sólo serás el ganancioso y yo pago por ello. Sean buenas ó malas las cualidades y reputación que llegares á adquirir, las mías serán exactamente lo que hoy son, sin mejorar en el primer caso, ni empeorar en el segundo. Tú sólo te expones á ganar ó perder.

De cualquiera especie que sean tus placeres, yo no puedo ni quiero envidiártelos, como la juventud suele imaginarse que lo hacen los viejos; lamentaré únicamente que sean indecorosos é indignos de un hombre de honor, ó inferiores á un hombre de juicio; pero si son tales, tú sólo serás el paciente. Siendo pues, muy claro, que en todo cuanto te digo no puede moverme más razón que el cariño que te profeso, debes mirarme como tu mejor amigo, y hasta de aquí á algunos años, como el único que tengas.

La verdadera amistad requiere cierta conformidad de años y de costumbres, y no puede subsistir cuando estos dos puntos difieren demasiado, excepto en las relaciones de padre á hijo, porque entonces el afecto por una parte, y las consideraciones por la otra, suplen la diferencia. La amistad que contrajeres con jóvenes de tu edad, puede ser sincera, puede ser ardiente, pero durante algún tiempo tiene que ser inútil, por la falta de experiencia de uno y otro lado. El joven guiando al joven, es como el ciego guiando al ciego: ambos caerán en el foso. El único guía seguro es aquel que ha atravesado muchas veces el camino que tú debes seguir.